

# Presentación

Este primer número inicia una colección de textos académicos y de debate sobre la ciudad y la disciplina denominada *Urbanismos*.

Trece años de labor académica de la maestría en urbanismo de la Universidad Nacional de Colombia, en su sede de Bogotá, justifican este esfuerzo.

Por el edificio Sindu de la Ciudad Universitaria han pasado ciento veintiocho estudiantes reflexionando y debatiendo acerca de los temas de la ciudad. Veinte profesionales más se alistan para continuar esta labor a partir de este primer semestre del 2004.

La maestría, como los demás programas que ofrece la Universidad, adelantó su proceso de autoevaluación, el cual indicó que el registro de los trabajos de la maestría no se está haciendo públicos, y las discusiones y reflexiones adelantadas han quedado circunscritas a la vida del aula y a los archivos personales de estudiantes y profesores, quienes, individualmente, han asumido parte de esta tarea. Pero su creación colectiva, que por supuesto existe, no está registrada. Es necesario, por tanto, hacer un esfuerzo editorial.

## **Sobre qué y cómo estamos reflexionando**

La ciudad, como todos percibimos, ha dado mucho de qué hablar en Colombia en los últimos años. Siendo más rigurosos, debemos decir que el tránsito a la sociedad urbana es el evento más significativo en la historia más reciente del país. Ese cambio atropellado y vertiginoso, pero poco asimilado, explica quizás el interés creciente de las ciencias sociales por entender la nueva Colombia.

Un nuevo país y una nueva sociedad se han abierto paso a la fuerza, y casi contra los pronósticos, contra la voluntad y contra el deseo de muchos de quienes estaban al mando. Quizás, las instituciones, el ordenamiento social y político y los comportamientos siguen aún atados a un

modelo de sociedad que ya dejamos atrás. O, por lo menos, todavía se puja por gobernar la nueva sociedad con el molde que se construyó para la sociedad del pasado, claramente escindida entre los pequeños núcleos urbanos y la gran masa rural.

Porque es rotundamente cierto que desde la década de los cincuenta del recién pasado siglo XX, se defendió por casi treinta años la tesis que proclamaba la vigencia, la pertinencia y la conveniencia del modelo de la “nación cafetera”, del país rural, contra el indeseable país urbano.

La puerta de acceso a la ciudad se percibía entonces como una especie de “máquina registradora” que gota a gota controlaba el paso del campo a la ciudad. Sin duda, durante este lapso, Colombia se acostumbró a la idea de que la ciudad era el recinto cerrado destinado a la cúpula que administraba el país agrario. Por ello, el país no se preparó para asumir y administrar una sociedad urbana. Y quedó sorprendido y aturdido cuando se desplomó esa pequeña puerta y presenció la avalancha humana procedente de un campo atrasado, que inundó una ciudad inerme. La avalancha no sólo derrumbó la pequeña puerta. Derrumbó también el ordenamiento social. Aún seguimos buscando explicaciones y tratando de construir nuevos diques.

Pero esta historia no es exclusiva de la nación colombiana. La ciudad siempre ha intentado ser monopolizada por los grupos que disfrutaban del poder. La historia de la ciudad, en último término, evidencia una disputa por acceder a esa creación humana que “unió el cielo con la tierra”, que “expandió y multiplicó las energías humanas”. Y la metrópolis, que hizo posible que se reunieran “todas las razas y las culturas, conjuntamente con sus idiomas, sus costumbres, sus vestimentas y sus comidas típicas; en la que los representantes de la humanidad se encontraron por primera vez cara a cara, en un terreno neutral”, como ha señalado de manera brillante Lewis Mumford.

La historia de la ciudad a través de cinco mil años ha mostrado siempre ese doble vaivén. Círculo cerrado de los grupos con mayor poder, pero sometido siempre a una enorme tensión que lo obliga a abrirse, a mezclarse e incorporar nuevos grupos, nuevas actividades, nuevas comunidades, so pena de extinguirse. Ese parece ser el secreto de lo que ha dado en llamarse civilización. Por eso se argumenta que la ciudad civiliza. No sólo porque reunió al cazador con el recolector, el labriego, el navegante, el alfarero, el minero y el sacerdote, sino porque con esa nueva unidad, nacida de la heterogeneidad, sumó, exaltó y multiplicó las capacidades y las energías humanas.

Pero ese campo magnético de la sociedad humana no ha estado libre del conflicto. Muchas ciudades-estado destruyeron a sus vecinas. Muchas comunidades urbanas esclavizaron a otras más débiles, saquearon y destruyeron sus ciudades, arrasaron sus culturas. La historia está cargada de invasiones, bárbaras destrucciones, sojuzgamientos, pero también del cruce creativo

de civilizaciones y culturas. Como dice Braudel, “las civilizaciones son la guerra y el odio... fabrican el odio, viven de él, pero no son sólo eso, son también sacrificio, influencia, acumulación de bienes culturales, herencias de inteligencia”. Así la sociedad humana ha ido evolucionando, en medio del conflicto, que produce la mexcal, el encuentro y el intercambio.

Desde la caverna, aquel recinto originario que le dio al hombre primitivo la primera concepción del espacio arquitectónico, según nos enseña Mumford, que además nos advierte que deambulando sobre la tierra, el hombre paleolítico encontró ese lugar que hizo posible sus primeras experiencias colectivas con el arte y el ritual. Es la función importante que cumplió ese espacio. Permitted descubrir “el poder de un recinto amurallado como medio de intensificar la receptividad espiritual y la exaltación emotiva”.

De igual manera, como Braudel ha llamado la atención, cómo el encuentro y el conflicto de tres grandes civilizaciones –los griegos, los persas y los árabes y sus tres grandes religiones–, hicieron del Mediterráneo ese gran experimento humano de intercambio, comunicación y encuentro, pero también de conflictos y choques, que también hicieron de él la primera cuenca urbana del mundo que echó las bases de la civilización de Occidente. Así también, el hecho más notable, que inaugura la modernidad, es el encuentro del “viejo mundo” con el “nuevo mundo”. Otra experiencia que puso en contacto civilizaciones distintas y que dio lugar a otras formas de conflictos y de sujeción.

De esta manera, la experiencia humana, con la dimensión del espacio urbano como herramienta de la civilización, ha abierto muchos interrogantes, que sólo hasta ahora, al parecer, empezamos a comprender y a dimensionar.

Pero volvamos atrás. El país se urbanizó y descubrió con ello la heterogeneidad de una sociedad hasta entonces oculta. En las ciudades, la nación se está encontrando y se está reconociendo. Es inútil intentar dar marcha atrás. Y es urgente construir y pactar un nuevo esquema.

Hoy, parece que hemos empezado a entender y aceptar que la ciudad puede ser ese espacio donde crece y se fortalece esta sociedad heterogénea y diversa que nos caracteriza, no con el fin de homogenizarnos, fin inútil e imposible. Lo urgente parece ser romper el ciclo de excluirnos, justamente porque estamos marcados por las diferencias.

Además, el mito de la uniformidad, de la homogenización, de la universalidad que ha querido mostrar como logro la globalización, sucumbe, paradójicamente, ante la pluralidad, la diferencia y el contraste. Lo cierto es que el debilitamiento de las fronteras no unificó el mundo, sino que por el contrario abrió el campo a la controversia y al diálogo, pacífico o violento, entre la diversidad de espacios, culturas y comunidades.

Tampoco la revolución tecnológica en la información y las comunicaciones, que eliminó muchas barreras espaciales, redujo a su mínima expresión a la ciudad, a las culturas y comunidades urbanas. Por el contrario, este nuevo rompimiento de fronteras, que ha hecho de manera brutal la economía y la tecnología, lo que ha puesto en evidencia y ha dejado al descubierto, es un mundo cargado de diferencia, de variedad, de particularidades geográficas, culturales, sociales y espaciales.

*Urbanismos*, el título seleccionado para esta colección, quiere subrayar esa diversidad de experiencias, realidades, visiones y búsquedas, con las cuales debemos incursionar en ese campo magnético que es la ciudad contemporánea y nuestro camino en la era de la urbanización.

El primer número recoge un esfuerzo que hizo el equipo docente de la maestría, para reflexionar sobre la disciplina que estamos enseñando en la Universidad Nacional, esfuerzo que fue rematado con un seminario al cual se invitaron colegas y profesionales de otros países, de otras facultades y de otras sedes de la universidad. Además, tiene interés porque, curiosamente, en nuestro país no existe un texto que haya hecho pública una discusión sobre la enseñanza del urbanismo. El urbanismo es una noción muy difusa en nuestro entorno. Asimilado con frecuencia al ámbito exclusivo de la planeación urbana, en la versión llamada despectivamente física, ha sido interpretado y juzgado por otras disciplinas y otras prácticas. Ya es hora de revisar las cuentas desde adentro y reconocer la identidad de los discursos del urbanismo. Por supuesto, no se trata de construir unanimismos ni falsas identidades. El lector lo advertirá de inmediato en la lectura de las ponencias, que muestran la diversidad de enfoques. Por eso también el título en plural. Pero el esfuerzo sí se dirigió a pensar si en esta disciplina existe un núcleo duro, un *corpus*, aceptando que tanto el urbanismo como su objeto de estudio, la ciudad, son una suerte de estación de llegada y de salida de muchas disciplinas, prácticas y experiencias.

Finalmente, debe reconocerse el trabajo del grupo de profesores en el seminario que se desarrolló en el primer semestre de 2003 y el gran trabajo de coordinación de dicho seminario de formación de docentes, del seminario internacional y de esta publicación que hizo nuestra colega, la arquitecta Patricia Rincón, egresada de esta maestría y colaboradora muy diligente de la coordinación académica, quien, en asocio con mi antecesor, el profesor René Carrasco, tuvo a su cargo toda la dirección académica de este proceso.

**JUAN CARLOS DEL CASTILLO DAZA**

COORDINADOR ACADÉMICO

MAESTRIA EN URBANISMO

BOGOTÁ, D.C., ENERO DE 2004